

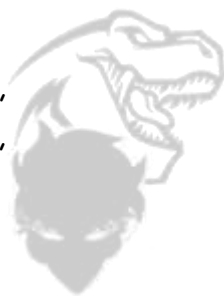
Capítulo 322 - Secuestro consumado

«Uf...».

El frío suelo presionaba contra su mejilla. El dolor le punzaba en el cuello como si alguien le hubiera clavado un alfiler.

Aerlic abrió los ojos y, al incorporarse lentamente, el pelo rubio le tapó la vista. Instintivamente, se llevó la mano a la nuca y se frotó el punto sensible. ¿Qué demonios me ha golpeado?

El pasillo se extendía vacío en ambas direcciones. Paredes blancas y estériles, luces fluorescentes zumbando sobre su cabeza. Su uniforme estaba arrugado, retorcido por el tiempo que llevaba allí tumbado.



«¿Dónde... dónde estoy?». Las palabras salieron ásperas, confusas.

Sus pensamientos se agudizaron de inmediato. «Yuna».

La estaban llevando a rastras a la oficina del director. Por eso la había seguido. Por eso había...

El recuerdo se interrumpió ahí. Solo dolor, y luego nada.

«¿Dónde está Yuna?».

La pregunta apenas salió de sus labios cuando el aire se movió.



Mariposas negras.

Cientos de ellas, quizá miles, surgieron de la nada. Enjambraron por el pasillo como una sombra viviente, batiendo sus alas en perfecto silencio. Los ojos de Aerlic se abrieron como platos al verlas «atravesarlo», frías, sofocantes, como ahogarse en la oscuridad misma.

Una voz de mujer flotó entre el enjambre, casual, casi aburrida.

«Honey te tenía en el punto de mira, así que te llevaremos contigo».

Espera... ¿qué?

«¿Qué...?». Aerlic se giró hacia la voz, pero las mariposas ya se estaban acercando.

Su cuerpo se paralizó. No por miedo, sino por algo que lo empujaba, que lo succionaba hacia atrás como si se hubiera abierto un vacío en la realidad misma. Sus dedos arañaron el aire vacío mientras una enorme mariposa negra se materializaba detrás de él, con las alas lo suficientemente extendidas como para tragarse a una persona entera.

«¡No, espera!».

Las alas de la mariposa se plegaron hacia dentro.

La oscuridad lo consumió.





El interior era peor de lo que jamás hubiera imaginado.

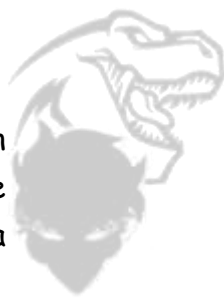
Aerlic se estrelló contra una barrera invisible, golpeando inútilmente con los puños contra la nada. El mundo exterior seguía siendo visible —el pasillo, las luces, la silueta de la mujer entre el enjambre—, pero apagado, como si lo viera a través de un cristal grueso. Podía verlo todo. Oír el débil zumbido de las alas, el clic de los tacones sobre las baldosas.

Pero cuando abrió la boca para gritar, no salió ningún sonido.

Se le cortó la respiración. Lo intentó de nuevo. Nada.

«Atrapado».

La comprensión le golpeó como agua helada. Esto no era solo un encarcelamiento. Era un borrado. Atrapado en este espacio vacío, capaz de presenciar pero sin poder hablar, sin poder escapar. Una dimensión plegada dentro de la celda de una sola mariposa.



Afuera, la voz de la mujer cambió. El tono casual desapareció, sustituido por algo agudo y depredador.

—Ahora que la serpiente y la rubia están aquí, ¿dónde está esa gata roja?

El enjambre se detuvo en pleno vuelo.

Todas las mariposas se quedaron inmóviles, formando un círculo perfecto alrededor de la posición de la mujer.

«¿Qué?!».

—¿Serpiente?! —Aerlic se apretó contra su prisión invisible, observando cómo las mariposas comenzaban a pulsar con energía oscura, buscando.

«¡Una gata pelirroja... Va a por Yuna...!».

Sus puños golpearon la barrera con más fuerza, desesperadamente.

«¡Ábrela ahora, maldita seal!».

De repente, un enjambre de mariposas aleteó enérgicamente hacia el dormitorio de las mujeres, mientras su voz, que no podía escapar de ese vacío, se mezclaba con las miles de mariposas, desapareciendo sin identidad alguna. Solo Xiang era consciente de su presencia oculta entre ellas.

Sin darse cuenta del enjambre de mariposas que se dirigía hacia ella dentro de la habitación del dormitorio de mujeres que pertenecía a Yuna.

Y allí, en la cama, con una expresión claramente sorprendida, Yuna parpadeó mientras miraba con los ojos muy abiertos al profesor que finalmente había despertado.

Su cuerpo aún estaba completamente acalorado debido al maratón que había corrido mientras se sentía nerviosa al verlo, pero sus palabras parecían estar cambiando su estado de ánimo de excitación a vergüenza.

«Pero parece... que realmente estaba siendo infantil...».





«¡Espera...!».

En un abrir y cerrar de ojos, había desaparecido.

No se desvaneció, ni se teletransportó. En un momento era una forma semisólida de arrepentimiento sonriente, y al siguiente, no había nada más que una hendidura en su cama y el aroma embriagador que se aferraba a las sábanas como un fantasma.

—¿Profesor? —susurró Yuna, con la voz quebrada.

Extendió la mano, que atravesó el aire vacío donde segundos antes había estado su pecho.

Sus dedos quedaron resbaladizos por sus propios fluidos y el sudor de él, una prueba tangible de que «había» estado allí. No había sido un sueño.

Sus últimas palabras resonaron en el repentino y aplastante silencio. «... parece... que realmente estaba siendo infantil...».

¿Infantil?

La palabra la golpeó como una bofetada. Él la había visto. La había visto perder el control, la había visto frotarse contra él como un animal en celo. Había observado su patética y infantil actuación y simplemente... se había marchado. Desapareció porque estaba disgustado.

Los últimos restos de su calor alimentado por la lujuria se evaporaron en un instante, sustituidos por una fría y desgarradora vergüenza. Las lágrimas



brotaron de sus ojos, nublando la visión de las sábanas húmedas y arrugadas. Era culpa suya. Todo. Lo había alejado con su descaro.

Una energía frenética se apoderó de ella. No podía aceptar esto. Tenía que encontrarlo, explicarle, disculparse. Suplicarle que volviera.

Saltó de la cama, con las piernas aún temblorosas, ignorando la fría pegajosidad de su traje y el desastre que había causado. La culpa era un fuego en su garganta. Abrió la puerta de un golpe y salió corriendo al pasillo, con los pies descalzos golpeando el frío suelo de piedra.

Corrió, con un sollozo ahogado en el pecho, y luego se detuvo en seco.

Al final del pasillo, bañada por la tenue luz ambiental, había una mujer. Llevaba una camisa blanca impecable metida en una falda lápiz ajustada, con una postura rígida. Unas gafas severas descansaban sobre su nariz, pero incluso desde esa distancia, Yuna podía ver sus ojos.



Eran de un tono violeta penetrante e imposible.

—¡Profesora Xiang! —susurró Yuna, abriendo los ojos al reconocerla.

La mirada de la profesora Xiang recorrió la desaliñada figura de Yuna: el cabello enmarañado, el rostro bañado en lágrimas, el traje aún visiblemente húmedo y pegado a su cuerpo. Una mirada aguda, casi clínica, pasó por el rostro de Xiang antes de que ella hiciera un ligero movimiento de cabeza con desdén.

Luego, comenzó a caminar hacia adelante.



Con cada paso que daba, su atuendo profesional parecía desvanecerse. La camisa y la falda blancas fluían y se oscurecían, y la tela brillaba como aceite sobre el agua hasta convertirse en una túnica negra fluida, salpicada de motas púrpuras brillantes que se arremolinaban como una galaxia en miniatura. Su cabello negro, antes recogido, cayó suelto sobre sus hombros. Al pasar una mano por él, el movimiento reveló un intento de un intrincado tatuaje de mariposa en la nuca.

Como si lo hubiera invocado con ese gesto, docenas de mariposas etéreas y salpicadas de púrpura se materializaron de la nada y comenzaron a revolotear perezosamente a su alrededor.

Xiang se detuvo a unos metros de la atónita chica gato, con sus ojos violetas brillando. «Si te hago algo», dijo con una voz grave y melódica, «él pensará que he perdido contra ti».

Yuna se limitó a mirar, incapaz de procesar la transformación o las crípticas palabras. «¿Qué?».



Los ojos de Xiang se posaron en la entrepierna de Yuna, y una leve sonrisa de complicidad se dibujó en sus labios. «Pero dado tu estado... cómo hueles tan fuertemente a él... él ya debe haber probado cómo es tu cuerpo».

La conmoción, la confusión y un rubor de vergüenza se reflejaron en el rostro de Yuna. No entendía de qué hablaba esa mujer. ¿Saborearla? ¡El profesor Tianlong había estado inconsciente!

La sonrisa de Xiang se amplió. Levantó una mano, con sus largos dedos elegantes y crueles. «Ahora», dijo, chasqueando los dedos con un seco «crack», «déjame mostrarte cómo él siempre me elegirá a mí antes que a cualquier otra mujer. Incluida tú».



Antes de que Yuna pudiera reaccionar, una de las mariposas revoloteando se separó del enjambre y se lanzó directamente hacia ella. Se estrelló contra su pecho con una fuerza imposible.

Sus ojos se abrieron con terror cuando una horrible sensación de succión tiró de su ser.

«¿Qué está pasando?», gritó, con la voz distorsionada mientras su cuerpo era comprimido, retorcido y arrastrado hacia un punto de oscuridad imposiblemente pequeño.

El mundo se derrumbó en un sofocante vacío negro.

Su última sensación fue que toda su existencia se veía comprimida en la diminuta y revoloteante forma de esa mariposa. Esta se posó suavemente en el dedo extendido de la profesora Xiang.

Atrapada en su interior, Yuna solo podía observar con horror cómo el rostro de Xiang se acercaba increíblemente, con una sonrisa triunfante y depredadora en los labios.

«Déjame darte un buen espectáculo», susurró Xiang, con su voz resonando en el vacío en el que Yuna estaba ahora atrapada. «Un espectáculo de cómo una mujer "real" hace el amor con su hombre».

Y entonces, el mundo, y toda la realidad con él, se desvaneció en la oscuridad.

La transición no fue un viaje, sino una reconstitución de la realidad. La sofocante oscuridad del vacío de la mariposa no se abrió; se desvaneció, disolviéndose en color y sonido.





Primero llegó el rojo. Un terciopelo profundo y decadente que recubría las paredes y colgaba en pesadas cortinas, absorbiendo la luz y el sonido.

Luego, voces: bajas, tensas y urgentes.

Xiang estaba de pie en el centro de la opulenta habitación, la última de sus mariposas disolviéndose de nuevo en motas de energía púrpura que se desvanecieron en el aire.

Un calor bajo y ardiente se enroscaba en su vientre. Acababa de afirmar su dominio, atrapando a la pequeña chica gato, al chico rubio bocazas y a ese profesor serpiente bajo su poder.

Estaba allí para follar con su hombre.

Pero la escena que tenía ante sí no era de pasión.

Tianlong estaba de pie cerca de una abertura, dándole parcialmente la espalda.

Su habitual postura relajada había desaparecido, sustituida por una tensión rígida que le tensaba los hombros. Frente a él había una mujer con largo cabello blanco plateado y un par de afiladas orejas de zorro que se movían nerviosamente en lo alto de su cabeza.

«¿Vixen ha llegado aquí antes que yo?»

«... la idea de meter más puede ser una mala elección, marido», decía Akane, con sus ojos ámbar muy abiertos por la urgencia. «Al final, ¿y si...?»





«Akane, es urgente», respondió Tianlong, con voz plana y dura. «Todos los demás están preparados, solo te lo he pedido a ti porque no quiero que seas una carga para nuestro hijo».

«¿Qué le pasa?». Ella esperaba que él estuviera esperando, tal vez incluso anticipando su llegada después de haberse follado a esta mujer gato, queriendo que él comparara los agujeros de ambas y dijera que ella era la mejor, pero...

El calor que hervía en su vientre se convirtió en hielo. Toda su excitación se desvaneció en un instante al ver su expresión.

No era la mirada juguetona y depredadora que le dirigía cuando peleaban, ni la sonrisa burlona que usaba con las mujeres inferiores. Era fría. Una mirada escalofriante y distante que no veía nada más que la misión.

Debía de haber sentido su presencia.

Sin girar la cabeza, su mirada se desvió hacia un lado y luego se giró lentamente para mirarla. Sus ojos, oscuros e insondables, se encontraron con los de ella. No había en ellos calidez, ni pasión, ni reconocimiento del estado de ánimo en el que ella se encontraba momentos antes. Eran los ojos de un comandante que evaluaba sus activos.

—Movámonos, Xiang —dijo, con una voz grave y autoritaria que cortó el aire tenso—. Hacia los círculos internos.

